

Esto solo duró dos minutos. Después cambiaron entre sí algunas palabras rápidas y se separaron bruscamente.

Estaba tomado su partido. Habían depuesto aquel aire de temor que pudiera haberlas vendido.

La primera, que llevaba por cinturón una gasa roja con franjas de oro, se fué directamente á la mesa de juego, donde Blas hacía maravillas.

La segunda, cuyo cinturón era verde, se dirigió hácia el noble baron Bibandier, medio acostado sobre unos cojines cerca de un canastillo de flores, y que estaba en la postura de un sátrapa gloriándose de su conquista.

Las dos pronunciaron algunas palabras á los oídos de nuestros dos caballeros.

El efecto fué admirable.

El señor conde de Monteiro dejó escapar de sus manos las cartas, poniéndose trémulo.

El noble baron de Bibandier se puso en pié de un salto.

Miraba con la boca abierta y con indecible sorpresa á la bayadera de cinturón verde, que se sentó tranquilamente á su lado.

La otra, la bayadera de cinturón rojo, tomó asiento á la mesa de juego, cerca del conde de Monteiro, estupefacto.

XVIII.

CUATRO BAYADERAS.

Las palabras pronunciadas por las dos jóvenes desconocidas al oído del baron de Bibandier y del conde de Monteiro habían sido muy sencillas.

El cinturón rojo había dicho al conde:

—Adios, Blas.

El cinturón verde dijo al baron:

—Adios, Bibandier.

Y esto seguramente con un tono amistoso y discreto en que nada había de amenaza.

El conde de Monteiro buscó en seguida bajo la careta de su interlocutora las facciones regulares y bellas de Lola, porque ¿qué otra en aquella fiesta podía saber su nombre?

¡Pero imposible sospecharlo! la desconocida, tan alta como Lola, tenía un talle mucho más juvenil, las espaldas menos anchas y menos desarrollado el pecho; además, Lola era morena, mientras que la diadema de perlas que servía de adorno á la desconocida dejaba escapar con profusión los bucles de los más hermosos cabellos castaños que se pueden ver.

El conde de Monteira hizo un esfuerzo para dominar su turbación y recogió las cartas con una mano que á pesar suyo temblaba aún.

—No fijéis la atención en mí, dijo la desconocida con sencillez, y continuad vuestra partida... estoy ociosa y esperaré.

El conde no tenía donde elegir, por lo que se vio obligado á obedecer.

Se le observaba; había sido advertida su turbación, pero se encontraba en aquella turbación una causa muy natural.

La joven parecía admirablemente bella; era alguna bella fortuna que le llovía de las nubes al buen conde de Monteira.

La partida empeñada era un ecarté. El conde tenía cuatro tantos y su compañero no contaba más que uno solo.

—Ved lo que hacéis, dijo éste; feliz en amores desgraciado en el juego, señor conde. Ya os he ganado un tanto.

Blas apenas escuchaba. Sus ojos en lugar de se-

guir el juego intentaban penetrar por la careta que ocultaba á la desconocida.

El contrario apuntó el rey y dió bola.

Los mirones soltaron la carcajada.

El cinturón rojo se acercó de nuevo al oído del conde de Monteira.

—Blas, le dijo, en otra época sabías jugar mucho mejor que ahora. Tú comías en la cocina mientras que tu amo comía en el salón. No te molestes por mí, te lo suplico; nada de cumplimientos, y vuelve el rey.

—Mirad, decían los circunstantes, cómo tiembla la mano de Monteira cuando le habla al oído la linda bayadera.

—¡Motivo habrá!

—Apostaría á que es deliciosamente bella.

—Señores, el conde es un mortal afortunado.

El infortunado Blas sentía correr por su rostro gruesas gotas de sudor.

Mientras pasaba esto no debemos creer que el noble barón de Bibandier se encontrase en un lecho de rosas.

El cinturón verde tenía la lengua por lo menos tan punzante como la de su compañera.

Pero la turbación del antiguo bandido no se asemejaba mucho á la de Blas; tenía el aire más de espanto que de terror; hubiérase dicho que casi sabía con quién hablaba.

—Diablo, Bibandier, decía el cinturón verde, ya

veo que hemos dejado nuestro pobre chaqueton de paño burdo.

—¡Señora!... balbuceaba el baron, no os comprendo.....

—¡Oh! sí tal, Bibandier.... La prueba es que os olvidais de vuestra jerigonza al hablarme....

Y el cinturón verde al ver que Bibandier intentaba hablar con arreglo á las pocas lecciones de alemán que el peluquero Graff, luego cipayo, le habia dado, soltó la carcajada.

—Basta, basta..... exclamó la bayadera..... Vengo á buscaros desde muy lejos porque tengo en alto grado el insignificante defecto de ser celosa y la desgracia de matarme esa pasión.... ¡Ah! Bibandier, con vuestro chaqueton ordinario os amaba mucho mas que así.... ¡Ah! señor baron, ya sabeis cómo se vengán las mujeres.... Así es que tengo vehementes deseos de decir á todo el mundo que sois el enterrador de la aldea de Glenac.

El antiguo bandido se volvía y revolvía en sus cojines como si estuviese sentado sobre alfileres.

—No os conozco.... murmuró.

La bayadera apoyó la linda cabeza sobre el hombro, poniéndose á mirarle fijamente á través de los ojos de su careta.

—¡Ah! replicó la bayadera, ¿con que hemos heredado?... porque las cincuenta piezas de seis libras no hubieran bastado á poneros en tan buena posición en la sociedad....

—¡Conde!... exclamaban en torno de la mesa

de juego, feliz en amores, desgraciado en el juego. Habeis perdido una gran partida.... Teniendo cuatro contra uno....

Blas se levantó. Estaba pálido, pero conservaba en sus lábios la sourisa, aunque forzada.

—Tengo muchas cosas que preguntaros, Blas, dijo el cinturón rojo sacándole fuera del círculo de jugadores.

—¿Y dónde se halla ahora el Americano, como le llamábais?

—¿Quién sois.... quién sois?... murmuró el conde con ademán aterrado.

—Zalamero, os encuentro muy curioso; ¿no queris decirme dónde está vuestro antiguo amo?

—Aquí.

—¡Perfectamente!... He creído ver también á Lola.... pero ¿me habré engañado?

—Es ella la que os ha aconsejado representar esta peligrosa farsa, ¿no es así?... preguntó vivamente el conde.

—¿Me he engañado? repitió la jóven.

—No.

—Al menos vos sois verídico.... y haceis bien, monsieur Blas, porque no estoy de humor de molestaros.

—Pero en nombre del cielo, ¿quién sois?

—Vos que habeis permanecido mucho tiempo en Bretaña, debeis saber que las pobres jóvenes muertas antes del matrimonio, vuelven á veces al mundo.

Blas se estremeció. Le pareció que los ojos de

la bayadera brillaban tras su máscara de terciopelo como dos carbones encendidos.

—Y también debéis saber, prosiguió, dando á su voz inflexiones profundas, que Dios envía á veces á la tierra á las víctimas para desenmascarar á los asesinos y descubrir el crimen.

Blas nó interrogaba, pero proseguía mirando á la jóven, agarrada á su brazo, y en sus ojos se retrataba el colmo del terror.

—Ya veo que os acordais.... prosiguió la bayadera, y que no tendré necesidad de recordaros la noche de San Luis.

—Es imposible.... balbuceaba Blas, que se creía juguete de una pesadilla; es imposible....

El cinturón rojo le apretó el brazo.

—¡No mintais!.... dijo con tono imperioso. ¿Está Blanca de Penhoel entre las mujeres enmascaradas?

—¡No!....

—¡Ay de vos si mentís!

—¡No os engaño!

—Y... prosiguió la jóven desconocida dudando, esos dos jóvenes que estaban con vos en Penhoel?....

—¿Quiénes?

—El pintor y el hijo adoptivo....

—¿Enrique Moreau y Roger de Launoy?

Los ojos de la jóven se medio cerraron, y Blas aprovechó este movimiento para dirigirle una mirada escrutadora.

—¿Qué es de ellos? preguntó la jóven.

—¡Están aquí!.... respondió Blas.

Esta vez fué la jóven la que se estremeció.

Habia llevado á Blas insensiblemente á un sitio sombrío y solitario.

—Gracias, dijo; me habeis dicho cuanto quería saber.... ahora sabed otra cosa.... Esta palabra repetídsela á vuestros cómplices, Mr. Blas, porque pudiera ser vuestra sentencia.... Habeis enviado á los piés de Dios á las que eran demasiado débiles para combatirós sobre la tierra. Ahora son ya fuertes; ¡ved lo que haceis!.... Si sucede alguna desgracia al Angel de Penhoel, que teneis en vuestro poder, podreis decir adiós á vuestra vida de infamias y de crímenes, Mr. Blas, porque sobre vuestra cabeza pesa una mano armada.... la mano de vuestras víctimas, que no podreis asesinar dos veces.

Blas estaba trémulo, y sin embargo, se sublevaba enérgicamente contra esa fantasmagoría imposible. Para sostener su incredulidad estaban la luz y el ruido de la fiesta. No era aquel el lugar de una aparición.

Tal vez si se le hubiese presentado semejante vision allá abajo en Bretaña, bajo los muros negros de la torre del Primogénito, á orillas de los melancólicos riachuelos de los campos de Glenac, tal vez hubiera caído como herido de un rayo.

Porque en esos lugares tristes y consagrados por los terrores populares, habla todo al alma un lenguaje misterioso y sobrenatural.

Bajo aquellos grandes sauces pasan y repasan las

pálidas vírgenes que se llaman Hijas de la Luna.

La Dama Blanca deja flotar al viento sus largos velos como los sudarios de los muertos.

Y luego aquel era el teatro del asesinato.

Y esa joven que conocía los secretos de la terrible noche, tenía en verdad el talle y hasta la voz de una de las dos jóvenes víctimas.

Pero aquí, bajo los brillantes resplandores, en medio de aquellos alegres rumores, á cien leguas del abismo donde las dos jóvenes habían encontrado la muerte, era mucho haber dado algunos minutos al movimiento de terror supersticioso é irresistible.

Desde que pudo reflexionar recobró valor.

—Ignoro quién sois, señora, dijo, y no oculto el terror que me habeis causado... pero dejad quietas, creedme, las cosas del otro mundo. Sabeis bastante para causarnos por una sola vez placer ó terror cuando bien os parezca... En cuanto á anonadarnos con charlatanerías, puede suceder una vez, pero no dos....

Y se interrumpió lanzando un grito ahogado... un grito de espanto y horror.

Hablando así se había vuelto hácia la bayadera para apoyar con una mirada firme y serena la peroracion de su discurso.

La joven estaba inmóvil á su lado.

Se había quitado la careta.

Ella retrocedió asustado, cubriéndose el rostro con las manos.

Había visto un fantasma.

Cuando volvió á abrir los ojos había desaparecido la joven. Se encontró en frente de Bibandier, pálido, asustado y con las miradas estraviadas.

—¿La has visto? preguntó con voz ahogada.

—¿Qué quieres, hombre? replicó el antiguo bandido, que no podía contener su temblor. Cuando el diablo mete la pata... nada se puede....

—¿La has visto?

—¡Pardiez! sí la he visto.... Es preciso advertir al Americano.

—¿Dónde ha ido?

—El diablo lo sabe.

Y el antiguo bandido añadió en voz baja levantando los ojos al cielo:

—¡Tened buen corazon!... y sereis recompensado de este modo....

El baile se mostraba bajo un aspecto mas gracioso y lleno de voluptuoso reposo. Habian cesado las contradanzas; veíanse por todos lados sobre el césped parejas amigas llevando á sus lábios, pálidos de fatiga, el cristal tallado de los vasos.

La tibia atmósfera del jardín embriagaba casi tanto como los mil brevajes servidos con profusion. Las mujeres tomaban sin advertirlo posturas abandonadas en que su belleza, vendida, se revelaba mas suave y mas poderosa; los pechos palpitaban oprimidos por ese aire cargado de perfumes; las manos se entrelazaban y las miradas se buscaban lánguidas y abrasadoras.

Pobres recuerdos de Penhoel, ¿dónde estais? ¿En aquel momento había para Roger en el mundo otra mujer que la rubia Delfina? ¡Ay! El mismo Enrique perdía la cabeza al contemplar los hermosos ojos negros de Hortensia.

Habíase desafiado á las dos encantadoras. Preciso era ver los asaltos de seducción y de ardientes palabras que daban. ¡Oh! las dos divinidades fingían tan perfectamente el amor, que este mismo no lo hubiera hecho mejor! ¡Engañar así es amar! Y tal vez ellas amasen...

¿Quién sabe? Apenas hacia dos meses que estaban en la Academia real de música. Habíase visto naturalezas muy robustas que despues de dos meses conservaban allí alguna parte de corazón.

No amaban, ¿y qué importa? Entonces era todo arte... una verdadera obra maestra. Era forzoso admirar esa naturaleza precoz y profunda que copiaba con una verdad sublime hasta los impulsos de la pasión.

Roger estaba vencido; Enrique vacilaba y combatía aún.

Pero había un síntoma terrible.

Hacia la mitad del baile le había entregado un criado una carta con el sello de Redon.

Y Enrique había estrechado contra su pecho aquella carta, guardándosela despues sin abrir.

Aquella carta, que sin duda hablaba de Diana....

Enrique, el valiente, el constante, había hecho esto.

¡Ay! ¡pobres niñas de Bretaña!

Montalt era el mas fuerte. ¡Qué triunfo tan notable! Al fin había conseguido asesinar el porvenir de las dos niñas desconocidas.

Continuaba sentado al lado de Roberto, que proseguía su narración.

Mientras el nabab escuchaba conservaba su hermoso rostro la calma de la indiferencia, y sin embargo, preciso era que los hechos contados por Roberto le inspirasen algun interés para que el tiempo no se le hiciera demasiado lento; no pensaba ya en abandonar su puesto, á pesar de que la historia se prolongaba demasiado.

Roberto hablaba con facilidad y elegancia. En aquel momento escitada su imaginación formaba sobre un fondo verídico mil detalles curiosos. Penia en aumentar el interés de su narración esa coquetería del novelista que tiene siempre en suspenso el ánimo del lector.

Montalt y él habían llegado á París casi al mismo tiempo. La casualidad los había reunido al momento. El encuentro se había hecho en el círculo de los extranjeros.

Roberto iba á él escoltado por sus dos acólitos y provisto de todas armas contra las injusticias de la suerte.

Montalt por su parte buscaba el modo de matar el tiempo sacudiendo el enojo que se apoderaba de él en medio de su dorada vida.

Como el nabab jugase muy fuerte, como mirase

con igual sangre fría cuando perdía enormes sumas como cuando amontonaba delante de sí grandes puñados de oro, procuraron los noticieros del círculo saber cuanto antes la posición que ocupaba en la sociedad.

Roberto lo juzgaba un truhan de primera clase.

Ya sabemos que en caso de necesidad era hombre que podía alternar con cualquiera. Las indirectas que dirigió fueron prudentes y discretas; no fueron rechazadas.

Al cabo de una ó dos semanas pudo creerse perfectamente amigo íntimo del nabab.

Este lo acogió muy bien, aparentando considerarle mucho.

Sin embargo, había señales muy marcadas que un observador hubiera podido advertir, y que le hubiesen hecho conocer que Roberto no había puesto bien la venda sobre los ojos de su nuevo amigo.

Montalt lo tenía siempre á alguna distancia, aunque insignificante. Hubiérase dicho que sin esfuerzo y de una sola ojeada había conocido todas las habilidades de que era capaz el caballero Las Matas, y que esto era para él un nuevo modo de pasar el tiempo y una especie de estudio que hacía tranquilamente y á su placer.

El caballero seguía hablando, anudando los hilos de su intriga.

Montalt se divertía en mirarle.

Pero los observadores se engañan á veces á fuerza de abrir demasiado los ojos para abarcarlo to-

do con la vista; tal vez en Montalt no hubiera nada de eso.

Era un espíritu perezoso, un corazón cansado. Un estudio de esa naturaleza, que hubiera casi supuesto el don de segunda vista, hubiese cansado su indolencia.

Así pues el caballero de Las Matas, que era sin embargo un hombre prudente, no había concebido nunca la menor inquietud sobre ese asunto.

Seguía su camino haciendo cada día progresos muy decentes.

Montalt debía concluir por entregarse al fin. Los dos estaban bajo una gruta sentados muy cómodamente delante de un frasco de Johannisberg; Montalt servía de beber á Roberto y éste apuraba los vasos para sostener su elocuencia.

Había ya contado sin pronunciar nombre alguno su llegada á Penhoel.

—He aquí cómo fué mi début, milor, dijo interrumpiéndose; ¿qué tal os parece?

—Muy bueno, caballero; esos fingidos bandidos, esa tempestad, esa inundación en medio de la noche, en fin, el interior de esa familia patriarcal... sois un narrador muy ingenioso.

—Soy un historiador, milor... Todo cuanto os he dicho es la expresión pura de la verdad... El Angel, las dos hermanas vestidas de aldeanas, el anciano tío, el posadero... el brujo, ¡nada he inventado!

El nabab se arrellanó en los cojines.

—Continuad, dijo.

—Desde aquella noche, prosiguió Roberto, fué todo medido; comprendí que había allí elementos para hacer un magnífico negocio. Un hombre sencillo, débil, algo brutal. Una mujer que tenía un secreto... y muy cerca de ellos un enemigo hereditario, poderosamente rico, y que iba á hacerse un aliado natural.

Los ojos de Montalt se cerraron á medias y su mirada pasó rápida por el encendido rostro de Roberto.

Bien que este hombre fuese la indiferencia personificada, ó que no se tomase cuidado de arreglar su fisonomía, no se sabía nunca adivinar su pensamiento.

Por ejemplo, en aquel momento, en que todo en él aparentaba conservar el aspecto de la fría tranquilidad, había sin embargo en su mirada, que se deslizaba por sus párpados entreabiertos, una sutileza pronta. Aquella mirada revelaba una nueva situación.

Podíase preguntar si tanta frialdad era una simple comedia. Podía creerse que á pesar de la reserva del narrador, que ocultaba los nombres de los personajes, Montalt veía á través de ese velo de misterio.

¿Pero qué podía ver? Roberto hablaba de la Señora, del posadero, del brujo...

Estas cosas las hay en todas partes.

Mientras procuramos dar una significación á lo

que tal vez no la tuviese, había perdido la mirada de Montalt aquella ardiente llama, volviéndose distraída hácia el baile.

Veía únicamente lo que Roberto quería mostrarle, y era forzoso no compadecerse de su atención demasiado curiosa, porque apenas se dignaba escuchar ahora.

Roberto proseguía contando como un poeta guerrero hubiese cantado sus propias hazañas, las tenebrosas maquinaciones que habían ocupado los primeros meses de su permanencia en el castillo de Penhoel.

Manifestaba con complacencia los progresos de ese veneno mortal vertido gota á gota en el desgraciado René; Lola, el juego y la embriaguez... los celos en fin, esa maza que había terminado los efectos del veneno.

A medida que avanzaba la historia se hacía mas visible lo que acabamos de referir; en Montalt había dos hombres, uno cuyo corazón y talento dormitaban á la vez, otro que seguía con concentrada atención cada frase de la narración de Roberto.

Este hombre se ocultaba tras aquel, y al primer aspecto no hubiésetis visto mas que indiferencia y cansancio en el hermoso rostro del nabab, que parecía saborear su perezoso reposo.

Luego, repentinamente, un estremecimiento débil, un resplandor que se dejaba ver bajo sus párpados, todo os decía que había allí una inteligencia

despierta, un oído atento, un corazón palpitando con fuerza.

Y entonces veíais, ó al menos creíais ver, bajo la máscara de su pesada indolencia, esfuerzos nerviosos é inquietos, el deseo apasionado de comprender la luz que se enciende repentinamente despues de pasada la noche.

Porque suponiendo que no se hubiese engañado al construir ese débil edificio hipotético, suponiendo que en efecto habia bajo el sueño aparente de este hombre tanta vida ardiente, lo cierto era que no sabia nada.

¡No sabia! Un resplandor aparecia en lontananza ante su inteligencia. Sus facultades se preparaban todas á la vez. Despues salian algunas palabras de los lábios de Roberto; apagábase la luz; todo desaparecia.

Roberto estaba muy distante de sospechar que hubiese despertado esta tempestad.

Su mirada interrogaba con frecuencia la del nabab, en que siempre se mostraba una calma inalterable.

Llegó un momento en que Roberto se impacientaba y maldecia la frialdad de esa estatua de carne y hueso que nada podía conmovér.

Hubo un momento en que su amor propio de narrador se sintió resentido.

Era en la situación mas dramática, en el momento en que Marta entraba en escena perseguida por

esa fatalidad trágica que desde hacia tres años pesaba sobre la familia.

El nabab se incorporó de pronto; abriéronse desmesuradamente sus ojos, pero no fué para mirar á Roberto.

Alguna cosa mas interesante llamaba la atención de milor, que se puso á sonreír.

Hortensia, apoyada en el brazo de Enrique, y Delfina, con los brazos colocados sobre los hombros de Roger, acababan de detenerse á la entrada de una gruta.

Abandonaban el césped iluminado y buscaban la sombra de los bosques. El nabab tenia razon para sonreír.

¡Pero otra cosa! El nabab apoyó los codos en la mesita para ver mejor. Habia un barullo, una pequeña farsa cuyo argumento no comprendia.

Detrás de las dos parejas, que ya se entendian á las mil maravillas, se deslizaban de árbol en árbol dos mujeres, dos mujeres celosas á no dudarlo, que parecia espiaban hasta los menores movimientos de nuestros improvisados enamorados.

¿Qué queria decir eso? Eran dos bayaderas como Hortensia y Delfina, y el nabab las juzgaba encantadoras por las apariencias.

Nuestras dos parejas pasaron para perderse mas adelante en la sombra de los árboles. Las dos desconocidas pasaron tambien.

Montalt, dedicado á sus observaciones, no habia

podido advertir que el caballero de Las Matas había suspendido su narración durante un momento.

Roberto había tenido también su distracción.

Mientras que el nabab apoyaba los codos sobre la mesita, habían aparecido á Roberto dos fisonomías por detrás de la inclinada cabeza de aquel.

Esas dos fisonomías, pálidas y alteradas, pertenecían á nuestros dos caballeros, que hacía ya algunos minutos se esforzaban en vano por llamar su atención.

Blas tosía discretamente y Bibandier ejecutaba con ayuda de su brazo una serie de señales telegráficas.

Desde que vieron que Roberto los apercibía, lo llamaron con un gesto retrocediendo á la sombra. Pero Roberto no tenía ánimo de abandonar su puesto. Creyó adivinar que se trataba de alguna pérdida al juego, y se encogió de hombros, demostrando indiferencia.

Blas y Bibandier comenzaron á renovar sus significativas señales, y Roberto les volvió la espalda, prosiguiendo su narración.

Como Enrique y Roger habían desaparecido detrás de los árboles, se puso á escuchar el nabab.

Era una desgracia que sus miradas no pudieran penetrar en aquel momento el follaje que había entre las dos parejas y él. La confusión crecía en efecto por aquella parte; la farsa iba tomando carácter.

De pronto y cuando el follaje les ocultaba al fin

la importuna luz, se vieron Enrique y Roger con dos compañeras cada uno en vez de una.

Dos bayaderas, de las que una llevaba cinturón rojo con franjas de oro, habían tomado con la mayor sencillez el brazo de Enrique, mientras que la otra, que llevaba cinturón verde, apoyaba su mano en el brazo de Roger.

Miles. Hortensia y Delfina tomaron esta acción con bastante alegría: apostrofaron á sus dos rivales con el lenguaje que se usa en los bailes de máscaras. Estas no les respondieron.

Enrique y Roger no tenían la experiencia suficiente para llevar cual se debe esa capa de don Juan que de pronto les ponían sobre los hombros. Esta buena fortuna no deseada les causó el mismo embarazo.

—No quiero á nadie mas que á tí, dijo Roger á Delfina, y no conozco á esta mujer.

Enrique por su parte decía á Hortensia:

—Te juro que no comprendo nada de esto... esta mujer me es completamente desconocida.

Hortensia y Delfina respondieron inspiradas al mismo tiempo por la lógica mas elemental:

—Despedidlas.

Enrique y Roger no anhelaban otra cosa mas que obedecer. Hicieron un esfuerzo por separarse; pero ya sabemos por el ejemplo de nuestros dos pobres caballeros, que el cinturón rojo y el verde no solían su presa tan fácilmente.

Permanecieron mudas y obstinadamente agarradas al brazo del pintor y del secretario del nabab.

—Mr. Enrique, dijo al fin Hortensia, sois un calavera.

—¡Ah Roger, Roger! suspiró Delfina, ya mas familiar; queria estar alegre, pero esto me disgusta mucho.

Los dos pobres jóvenes, inocentes hasta el extremo, se confundian en protestas y juraban repetidas veces que no tenían amantes.

Este juramento, que salió á la vez de los labios de Enrique y Roger, pareció desatar la lengua de las dos desconocidas.

—¿Y Elena?... murmuró el cinturón verde al oído del secretario.

—¿Y Diana?... preguntó el cinturón rojo al pintor.

La oscuridad que reinaba bajo los árboles ocultaba la palidez súbita de los dos jóvenes. Pero Hortensia y Delfina no sintieron menos el efecto de estas palabras, porque Enrique y Roger se estrecharon bruscamente.

—¿Qué hay? preguntaron. ¿Es que decididamente no podeis desembarazaros de esas?

Enrique y Roger guardaban silencio inmóviles y como aterrados.

No contestaban á la dulce presión de los bellos brazos de sus bailarinas.

—Sin embargo, no hace mas que dos meses! dijo

el cinturón rojo con voz baja y lenta; ¡dos meses bastan para olvidarl...!

—Engañábais á la pobre niña, murmuró el cinturón verde con acento tan triste, que Roger sentia oprimido su corazón, cuando le deciais en la calle de los castaños que costea el río: Nunca amaré mas que á vos; os amaré eternamente...!

Los dos jóvenes estaban esceivamente conmovidos; y sin embargo, estaban convencidos de que era una mistificación preparada por el mismo nabab.

¡Gustaba tanto Montalt de burlarse de sus recuerdos! Habían tenido la candidez de contarle su historia de amor hasta con los menores detalles. Montalt no ignoraba ninguna circunstancia excepto el nombre de Penhoel, que un instinto de discreción y de delicadeza les habia hecho callar. Nada le era mas fácil que embromarlos de este modo por medio de cualquiera.

Pero el juego era cruel, y esta queja, que les llegaba en el momento en que olvidaban un instante el pasado, sonaba en su corazón como una reprensión amarga.

Enrique callaba porque estaba mas impresionado. En el carácter de Roger estaba el intentar al menos un poco de fanfarronería.

—¡Va, querida mía!... exclamó aparentando indiferencia; esa historia es mas antigua que el diluvio.

Sintió temblar las manos de la desconocida que se apoyaba en su brazo.

—¡Oh, oh! dijo; muy bien os han enseñado el papel, querida mía... Vaya, acabemos, porque no tenemos tiempo para enternecernos.

Un sollozo agitó el pecho del cinturón verde. Roger lo oyó, y fué como si hubiesen echado sobre su corazón un peso mortal.

—¡Enrique! murmuró el cinturón rojo..... Dios os bendecirá por no haber hablado como vuestro amigo... Muchas desgracias han caído sobre el castillo, y sin duda las ignorais... Haced que esas mujeres se alejen y os diré lo que ha sido de las personas que en otro tiempo habeis querido tanto.

—¡Alejar esas mujeres! repitió Mlle. Hortensia; ¿qué quiere decir eso?

Enrique, cuya cabeza se inclinaba pensativa, la levantó bruscamente como un hombre que se despierta.

—Decís cosas muy graves, señora, dijo dirigiéndose á la desconocida, que rechazó bruscamente; pero no quiero oiros, porque ignorais sin duda el daño que me causais.

—Niña, dijo Hortensia, eso significa en francés... que yo consigo la victoria.

—En cuanto á vos, señorita, prosiguió Enrique, que saludó á su bella bailarina con marcada frialdad, dispensadme que os abandone; pero reflexionad que acaban de recordarme; aunque por burla, lo que un hombre de honor no debe olvidar jamás.

Y se alejó, dejando á Hortensia sorprendida confusa sobremanera.

—¿Y vos? dijo la del cinturón verde, que había permanecido cerca de Roger.

Este dudó un momento y luego soltó á su vez el brazo de la bailarina.

—¡Oh! exclamó patéticamente Delfina; ¡va á abandonarme así!...

Roger exhaló un suspiro y siguió con lentitud los pasos de Enrique.

Las dos bailarinas se miraron á la vez con aire trágico cómico.

—¡Son buenas figuras!... suspiró Hortensia.

—¡Mucho!

—¡Pero cándidos! cándidos!

—Como tiernas palomillas, querida mía... terminó Delfina.

Luego añadió, colocándose bien las perlas de su diadema:

—Yo estaba segura del mío.

—Y yo también.

—¡Oh! tú no tanto... ¿pero qué importa? quiere mi billete de quinientos francos. En el contrato no se ha puesto que vinieran unas mujercillas á quitarnos los.

—¡Yo que había representado tanto! dijo Hortensia. En mi vida he suspirado como esta noche... ¿pero dónde están esas lloronas? No las he conocido.

Y miraron en torno suyo.

—Ni yo. Estaba tan oscuro....

—Desaparecieron.... exclamó Delfina.

—¡Evaporadas! Apostaría á que es una jugarreta de ese viejo Smith para impedir que váyamos á la caja....

—Vamos á sacarle los ojos....

Hortensia hizo una pirueta. Delfina le devolvió dos. Se agarraron de la mano y volvieron al salon bailando un vals como dos bienaventuradas.

A algunos pasos de allí se habian detenido Enrique y Roger.

Enrique parecia absorto en sus tristes reflexiones. Roger cantaba entre dientes, rompiendo los tallos de las lilas, que no tenian parte en su contratiempo.

El jóven pintor rompió el silencio.

—Han hablado de desgracia.... dijo.

—¿Y haces tú caso de esas charlatanas? murmuró Roger sin tomarse el trabajo de ocultar su detestable humor.

—No sabia.... respondió Enrique.... Casi tengo un presentimiento....

—¡Psih!.... hizo el secretario.

Enrique prosiguió:

—La máscara cambia de voz, y ese brillante traje está muy distante del que llevaban en Penhoel las dos pobres niñas.

Roger hizo un gesto desdeñoso, prosiguiendo rompiendo las ramas de lilas.

—¡Si fuera posible creer!.... murmuró el jóven pintor.

—¡En buena hora! exclamó Roger. Ya estás cavilando. Al diablo si se puede saber á dónde vamos á ir á ponerte, maldito camino! pero reflexiona, hombre, que las dos están muy tranquilamente en el castillo, y te aseguro que á estas horas piensa tanto Diana en tí como Elena en mí.

—¡Desgracias! repitió Enrique; en efecto, cuando nosotros salimos de Bretaña amenazaba la desgracia.

—¡Bah! hizo Roger, que á fuerza de escepticismo se vengaba del esfuerzo virtuoso que habia hecho para soltar el brazo de Mme. Delfina; ¡já nadie se habrán comido!

Enrique proseguia sin escucharle:

—Si esa voz que ha venido á despertarnos en medio de nuestro sueño fuese un eco de las suyas!

—¡Diablo!.... á cien leguas de distancia.... ¡vaya un eco!....

—¡Pobres niñas! si creyeran que las habiamos olvidado.

Enrique y Roger estaban en el sitio mas sombrío del jardín, y sin embargo, un escaso follaje los separaba del baile, que se reanimaba despues de algunos momentos de reposo.

Roger tomó el brazo de Enrique para llevarlo hácia la fiesta. Las dos desconocidas estaban detrás de ellos.

—¿No creéis nada? dijo la que llevaba el cintá-

ron rojo, contestando á las últimas palabras del pintor; ¿ignorais lo que ha pasado en el castillo?

Enrique guardó silencio luchando entre la impresión que le habían causado esas palabras y la idea que tenía de que todo era una farsa.

Roger murmuró entre dientes:

—Yo sé una cosa, que no se han dignado contestar á mis cartas, y que se trata de olvido; no soy yo el que ha empezado... pero milor me pagará esta mascarada.

—¡No respondeis! prosiguió el cinturón rojo, cuya voz desconocida despertaba sin embargo en el fondo del corazón de Enrique una emoción estraña. ¿De veras no habeis sabido nada de esa funesta historia?

Voy á decíroslo. Los que en otra época concisteis en el castillo... René, la Señora, que tanto amábais vos y Roger de Launoy, y el tío Juan!

—¿Y bien? dijo Enrique con nerviosa impaciencia.

—Los han echado. ¡Se mueren de miseria y de hambre, ellos, que eran tan caritativos!

Roger, á pesar del partido que había tomado de no creer nada, no pudo contener una exclamación de asombro.

Enrique no reflexionaba. Que fuera ó no una escena preparada por el nabab, sus recuerdos, evocados violentamente, invadían su corazón. Creía.

—¡Cuanto tenemos es suyo! exclamó. ¿Dónde los encontraremos?

Con un movimiento involuntario había tomado la mano de la desconocida, que estaba fría.

El cinturón verde no había hablado aún. Ella fué la que contestó. Su voz, seca é irritada, parecía dirigirse á Roger.

—No necesitan de vosotros, dijo. Quienes no han abandonado á René y la Señora en la hora de su angustia, se han encargado de socorrerlos.

—¡Aun falta mas! prosiguió la otra jóven. Blanca, á quien llamábais el Angel, ha sido robada á su madre por unos miserables.

—Henos aquí dispuestos para hacer cuanto sea necesario para encontrarla, dijo Enrique.

—Otros se encargarán de este cuidado, replicó el cinturón verde. No se os necesita.

—Pero, replicó Enrique dudando, no nos hablais de ellas, de las que amamos.

Las dos jóvenes guardaron silencio.

Estaban inmóviles en la sombra de la gruta y tenían las manos agarradas. Roger se había acercado.

—¡Os lo ruego! dijo Enrique; hubiéramos podido hallar el medio de saber quién sois y no lo hemos hecho. Os lo suplico; dadnos noticias de Diana y Elena.

—¡Diana ha muerto! respondió en voz baja el cinturón rojo.

Y el cinturón verde añadió:

—¡Elena ha muerto!

Los dos jóvenes permanecieron anonadados. En

ese primer momento de angustia se desvanecía toda idea de superchería.

Únicamente despues de algunos minutos fué cuando Roger exclamó, trémulo de indignacion:

—¡Esas son mentiras odiosas! Enrique, ven, dejemos á estas mujeres.

Quería llevarse al pintor, pero éste se resistía.

—Quien quiera que seáis, dijo con la voz entrecortada por la emecion, tened piedad de nosotros en nombre del cielo! Si habeis venido á nosotros mandadas por Berry Montalt para destruir un amor que es nuestra esperanza y nuestra vida, os perdonamos! Pero ¡por piedad, decidnos, decidnos que esto no es mas que una comedia!

—¡Diana ha muerto!... repitió el cinturón rojo.

—¡Elena ha muerto! dijo la otra jóven.

Sus voces habían cambiado de acento.

Temblaban.

Roger se cubrió el rostro con las manos, y las lágrimas corrieron por entre sus dedos.

—¡Oh Elena!... ¡Elena!... murmuró sollozando.

Enrique estaba inmóvil como una estatua.

—¡Han muerto!... replicó el cinturón rojo, asesinadas....

Enrique dió un paso atrás y su pecho exhaló un sordo gemido.

—Asesinadas por un hombre que baila en esta solemne fiesta.... añadió la jóven.

—¡Su nombre!... exclamaron á la vez Enrique y Roger.

Luego añadió Roger, alimentando su esperanza:

—¡Pero es imposible!... ¡Dios mío!... lo hubiéramos sabido!

—¡Las dos pobres niñas os amaban! pronunció lentamente el cinturón rojo: una vez que decís que les habeis escrito, preciso es que hayan muerto para no haber contestado á vuestras cartas.

—¡Una carta!... exclamó Enrique, á quien esta palabra pareció reanimar repentinamente; tengo una carta.... vamos á ver....

Y buscó en el bolsillo de su frac, de donde sacó una carta con el sello de Redon. Sus manos temblaban tanto, que no pudo abrirla.

Cuando al fin hubo hecho saltar el nema, fuese porque sus ojos estaban turbados, fuese por la gran oscuridad que reinaba, no pudo conseguir descifrar el contenido.

Roger tenía un velo sobre los ojos.

Ambos se precipitaron hácia la luz. La carta era del compañero de Enrique y confirmaba lo que las dos jóvenes acababan de decirles.

Pontalés era dueño del castillo de los Penhoel, que despojados vagaban por donde no se sabía: las dos hijas del tío Juan, pobres Hijas de la Luna, decía el artista breton, aludiendo á la leyenda bretona, habían sido enterradas en el cementerio de Glenac.

Roger lloraba como un niño.

Enrique, secos los ojos y lívido el rostro, volvió precipitadamente sobre sus pasos.

Quedábale una vaga esperanza.

Bajo el frondoso follaje, en el sitio donde habian quedado las dos jóvenes, no habia ya nadie.

Enrique buscó por todos lados: fué en vano.

Roger y él llamaron.

No obtuvieron respuesta.

Unicamente al dejarse caer sobre el césped destrozada el alma y el corazon, llegó una voz hasta sus oidos, voz melancólica y dulce que sonó como el eco de un ¡ay! lejano entre los acordes de la orquesta.

Esa voz decia las siguientes palabras:

¡Hijas de la Luna!



XIX.

UNA HISTORIA.

—Pero no bebeis, caballero, decia Montalt destapando la tercer botella de vino del Rhin.

Roberto presentó su vaso; sus mejillas eran de color de púrpura y su mirada estraviada.

—¡Ah! murmuró guiñando un ojo con misterio; no queria referiroslo todo, pero sé muy bien á quién me dirijo.... ¡Diablo! como si no prefiriérais hacer negocios conmigo á venderme....

—¿Venderos?

—¡Y bien! cuando querais... no sabeis los nombres ni las señas, mi querido lord!... y de Rennes hasta Brest hay mas de un castillo, mas de una familia arruinada y mas de un bendito marido en